LIZARDO MONTERO FLORES, MARINO Y ESTADISTA (1832 – 1905)

Teniente Primero
Juan Carlos Llosa Pazos

"El nombre de usted se hace aquí cada día más aceptable, no sólo porque los actos de usted, que ha revelado la prensa, han sido de agrado universal, sino porque las facultades omnímodas y sus consecuencias lo señalan a usted como persona destinada a restablecer el imperio de la constitución y de las leyes... Desgraciado país en que hasta el honor nacional se sacrifica a los intereses y ambiciones personales. La conducta de usted es hoy reconocida y aplaudida por todos. A usted lo mandaron a Arica como a un destierro para no darle el mando de la Escuadra y usted aceptó sin trepidar ni murmurar. Las circunstancias lo han elevado a usted a una posición culminante."

Lima, 31 Diciembre 1879.

(De la carta dirigida al contralmirante Montero por el doctor Mariano Álvarez, ministro de Gobierno del régimen depuesto por Nicolás de Píerola, a fines del primer año de guerra).

RADIOGRAFÍA DEL MARINO Y DEL POLÍTICO

De los personajes que más han destacado a través de la historia naval de la República, Lizardo Montero Flores, creemos,es el más singular de todos.

Su personalidad y liderazgo, harían de él uno de los marinos más prestigiosos de su tiempo y a la vez una de las figuras más gravitantes de la vida pública del Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Tuvo una vida intensa y agitada, donde hu-

bo de mar, de aventura, de luchas intensas, de las que surgieron memorables victorias y también dolorosas derrotas.

Comúnmente, en las instituciones de la sociedad, surgen hombres que, a lo largo de la existencia de las mismas, sobresalen sobre sus pares al paso que marcan, legando a la posteridad, valiosas enseñanzas, que con el devenir del tiempo, habrán de servir de fuente de inspiración para quienes se esfuercen en seguir sus huellas. Puede contarse a Lizardo Montero entre estos personajes privilegiados, escogidos por el destino para conducir, para patentar ideas, para domar voluntades, para crear nuevos mundos. Nuestra Marina de Guerra le debe mucho, qué duda cabe. El segundo despertar de la Armada Peruana luego de la era Castilla, no hubiese sido el mismo sin su presencia.

Por sus cualidades para ejercer el mando se confió a Montero, en más de una oportunidad, el comando de fuerzas militares tanto en mar como en tierra, siendo en mérito a ello, uno de los pocos jefes de la historia militar de la República, que han tenido la responsabilidad de ejercer el mando superior de marinos y soldados frente al enemigo.

De los aspectos más importantes de su vida figura, en primer lugar, su carrera naval, profesión que inició en la adolescencia y en la cual no tardaría en ganarse un importante prestigio. En segundo lugar destaca su participación en la política nacional, actividad a la que estaría vinculado durante muchísimos años, a través de la cual, con el tiempo, el destino le reservaría el puesto de Jefe de Estado en la hora más negra que le ha tocado vivir al Perú: derrotado, invadido y al borde de la completa anarquía.

Montero, quien encabezaría un gobierno que tuvo que conducir a una nación dividida por la orfandad de autoridad y por tantos odios intestinos, en el momento del mayor paroxismo de su historia -la guerra del Pacifico entre 1879 y 1883- emprendió la tarea de conducir las riendas de un país que cabalgaba sin rumbo en el desierto. Con patriotismo y desprendimiento, el contralmirante trató de expulsar al invasor de su suelo y de liberar a su patria del oprobio y la vergüenza. Desafortunadamente, el brillo de su figura se diluiría un tanto casi al final de la época mas difícil del tiempo republicano, debido a algunas versiones que no se ajustan a la verdad y existentes aun hoy ,después de tantísimos años. A pesar de las contradicciones históricas que se relacionan con los sucesos de Arequipa entre septiembre y octubre de 1883, creemos que si el candidato disidente del partido civil durante las elecciones presidenciales de 1876 hubiese vencido en las urnas a su contendor, el general de división Mariano Ignacio Prado, el gobierno del Perú se hubiera encontrado en muchos mejores manos el día de la prueba.

Probablemente tampoco se hubiese vencido, porque en el Perú del setenta y nueve decimonónico, no se llegó, o no se quizo comprender, de manera conjunta, que la victoria, en un conflicto armado, no basta esperar que suceda merced a la súbita aparición de algún ser mesiánico o a la de un héroe mitológico, sino que pa-

ra alcanzarla un pueblo debe ser capaz de luchar unido bajo un liderazgo inteligente y audaz, lo que desafortunadamente no ocurriría en ese conflicto.

Tengo la convicción de que de haber ganado el contralmirante la banda presidencial en las elecciones de 1876, no hubiese cometido los terribles errores que cometió el general Prado, quien al final del primer año de la guerra desertó vergonzosamente, abandonando el país en medio del desconcierto y al acecho de la escuadra enemiga dueña del mar. Mariano Ignacio Prado dejaría su puesto en un momento crítico, sin llevarse consigo dinero de colectas nacionales como se le a acusado injustamente, pero sí marcado con el estigma de la incapacidad que mostró para afrontar la terrible crisis que se vivía por esos días.

De personalidad alegre y seductora, Montero fue un hombre nacido para ejercer el mando. Un fuerte temperamento, lleno de audacia y de vehemencia, invadía frecuentemente su espíritu, para dotarlo de la energía que necesitaba para navegar en las aguas más tempestuosas. Su presencia, su palabra, se imponían de inmediato, convencía por su simpatía y por la afabilidad de su trato. Fue un líder resuelto, un conductor tenaz y un marino notable, que poseyó una de las áureas guerreras más fulgurantes de su tiempo.

A pesar de su patriotismo invulnerable, de su valentía, la cual sería puesta a prueba en combates navales y terrestres, Montero careció de la talla del héroe legendario, del ser superior que aparece por escasas intermitencias, del mortal que en vida se aproxima al Creador, y que por la grandeza de sus actos parece quedar liberado de su efímera e imperfecta condición humana. El contralmirante Montero fue víctima de un excesivo afán por notoriedad, lo que le procuraría no pocos enemigos. A pesar de exhibir una trayectoria que se caracterizó por el respeto a la ley, estuvo cerca de confundirse con la figura del tan perjudicial caudillo, personaje nefasto de tan antigua, como de tan reciente data. Aun cuando supo colocarse en el medio del militarismo y de la sedición pierolista, no fue ajeno a él la rebeldía contra el orden legalmente constituido. Existe aquí una clara contradicción en la conducta del personaje, marcada por el encuentro entre su infatigable defensa de la constitución y por el acrisolado ímpetu con el que participó en golpes de estado e intentos revolucionarios.

Pese a los antagonismos que desató desde los días de Castilla, el éxito le sonreiría en su primera juventud y continuaría mezclado con sus aguas durante el resto de su vida, existencia no siempre exenta de temporales.

A los treinta y cuatro años Montero ya era capitán de navío, lideraba la Marina de Guerra del Perú y había contribuido eficazmente a la expulsión de la armada española de costas americanas. Mas tarde desde el Senado de la Republica, tendría una participación notabilísima, siempre combativa y consecuente con sus actos y con su incuestionable patriotismo, el cual pondría de manifiesto en re-

petidas oportunidades. Todas estas ideas nos permiten atrevernos a realizar una modesta apreciación sobre Lizardo Montero y sus circunstancias, cuyo estudio de su personalidad como lo ha expresado acertadamente el historiador Raúl Palacios Rodríguez es una tarea verdaderamente apasionante.

EL CAPITÁN DE NAVÍO, COMANDANTE GENERAL DE LA MARINA RESTAURADORA.

El primer vicepresidente de la Republica, encargado del mando supremo durante casi toda la ocupación chilena a nuestro país, nació en Ayabaca, Piura, el 27 de mayo de 1832. Fueron sus padres José Casimiro Montero del Águila y Gregoria Flores Izaga, de quienes no se tiene mayores noticias. Luego de estudiar en Quito, Ecuador, se incorpora al Colegio Naval Militar, del cual egresa como guardiamarina al año siguiente. En enero de 1853 es nombrado a la fragata *Mercedes*, y después es destacado a la fragata *Amazonas*. Al año siguiente es promovido al grado de alférez de fragata y se le traslada nuevamente a la *Mercedes*, a bordo de cuya cubierta participaría en uno de los hechos más notables de la historia naval de nuestro país.



Capitán de Navío Lizardo Montero Flores
Comandante General de la Marina Restauradora
(1865)

De acuerdo a lo que registra su foja de servicios, el entonces alférez de fragata Montero, formaba parte de la dotación de la vieja fragata de instrucción de guardiamarinas *Mercedes*, que tenía como comandante al distinguido capitán de navío Juan Noel. La tragedia sucedió la noche del 25 de marzo de 1854, a la salida del puerto de Casma, al encallar y luego hundirse la *Mercedes* con más de setecientas personas, gran parte de las cuales eran soldados, accidente que ocurrió por haberse roto el calabrote mediante el cual, la nave era remolcada por el vapor *Rímac* que iba al mando del prestigioso capitán de navío Ramón Valle Riestra. Este convoy había zarpado con mal tiempo, por orden del ministro de Guerra, general José Allende, pese que el comandante de la fragata le había informado que la maniobra era muy arriesgada y que se realizaba con premura innecesaria. Desafortuna-

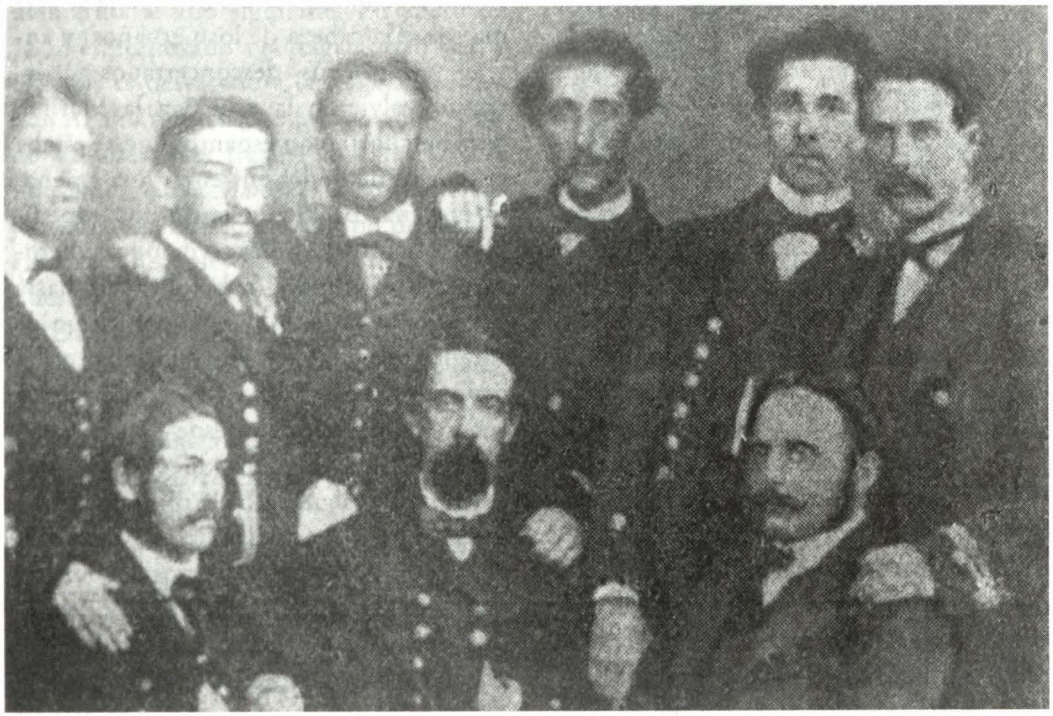
damente, una vez más, el calculo político, ocasionaba la pérdida de cientos de vidas. Poco después del puesto de maniobra del zarpe, el remolque se rompería, y entonces el buque, sin gobierno, chocaría con un bajo, a pesar de los denodados esfuerzos desplegados por los comandantes de los dos buques nacionales y sus respectivas tripulaciones para evitarlo.

Montero fue testigo excepcional, de cómo su comandante no escatimaría esfuerzos para tratar de salvar a su tripulación y a su nave en medio del pánico y del caos que debió de reinar a bordo. Al final el viejo buque de madera se fue al fondo con el capitán de navío Noel, quien en todo momento se había negado a abandonar su nave.

Hacia abril de 1864, Lizardo Montero asciende a capitán de corbeta y es nombrado comandante del vapor *General Lerzundi*, relevando en el comando a su antiguo camarada de armas, el capitán de corbeta Aurelio García y García. Esta pequeña unidad de combate formaba parte de nuestra reducida escuadra nacional de esos años. En efecto, por esa época la Marina de Guerra había perdido gran parte de su capacidad operativa. Atrás quedaban los prósperos años del primer gobierno del Mariscal Castilla en los que la Armada Peruana hubo de alcanzar su máximo esplendor. Los gobernantes que sucederían en los primeros años de la década del sesenta del siglo XIX, fueron descuidando progresivamente la defensa de su territorio marítimo, incluso Ramón Castilla, en su segundo mandato, en contradicción a la inteligente y fructífera política naval de su primer régimen, así como Miguel de San Román y sus dos vicepresidentes, que ascenderían al poder tras su repentino fallecimiento antes de finalizar su gobierno, Pedro Diez Canseco y Juan Antonio Pezet. Por desgracia, este hecho influiría sobremanera para que el orden constitucional, que parecía empezaba a consolidarse en el Perú, se quebrara. En efecto, pese a la crisis política, cosa tan habitual en nuestro país, provocada en esos días por las continuas amenazas sediciosas, la Constitución había estado en vigencia por más de diez años. La inseguridad que trajo consigo la presencia hostil de buques extranjeros en el ulterior Mar de Grau, ocasionaría inevitablemente la caída del régimen constitucional.

En efecto, la guerra con España se cernía sobre la cabeza de los peruanos, y ante el peligro, sus desconcertados gobernantes volvieron la cabeza a la Marina, para descubrir, con espanto, que se estaba muy lejos de poder enfrentar a la amenaza hispana. La presencia de una expedición "Científica" a bordo de una poderosa escuadra ibérica había llegado hasta nuestras costas en 1863, lo que luego de algunos incidentes menores derivó en la ocupación de las islas Chincha, accidente geográfico estratégico desde donde se exportaba el guano, "producto" que por aquellos días significaba la principal fuente de ingreso de divisas de la República. Previendo tardíamente un posible enfrentamiento entre Perú y España, y con la sola escasa ayuda militar que habría de brindar Chile, Pezet envió a principios de 1864, comisiones a Europa con la misión de adquirir unidades navales, que pudiesen inclinar la balanza a nuestro favor, en

caso de estallar el conflicto. Sin embargo, la invasión de las Islas de Chincha enardeció el animo de la población, que exigía su inmediata devolución y la declaratoria de la guerra. Ignorantes o indiferentes de la situación de la Marina, todos querían guerra menos el gobierno y los antiguos jefes de Marina que sabían cuán desventajosa era la situación para el país. Ante el riesgo inminente, el gobierno echaría mano a algunas medidas desesperadas para ganar tiempo durante los próximos meses. Primero, reunión en Lima del parlamento americano, en busca de apoyo regional; luego firmaría el tratado Vivanco-Pareja que, aunque lesionaba el honor nacional, serviría, en opinión del historiador Fernando Romero, para evitar que la escuadra española no atacase a la ya anticuada y materialmente muy inferior escuadra nacional, la cual sin duda hubiese sucumbido. Esta cuestionada gestión diplomática, permitiría, indirectamente, que el Perú estuviese mucho mejor equipado de material bélico, y por ende que obtuviese el triunfo del 2 de Mayo de 1866. Finalmente, el presidente Pezet, enviaría a España una misión ante el gobierno de su Majestad Católica, aquélla a cargo de uno de los tres contralmirantes con que contaba nuestra armada en aquella época: el distinguido oficial almirante Domingo Valle Riestra, cuñado del fundador de nuestra armada, el



Grupo de oficiales en los dias de la Marina Restauradora (1865)

vicealmirante Martín Jorge Guise.

Montero, atento a estos acontecimientos, y fiel a su carácter impulsivo y audaz, decidió jugar sus cartas en las difíciles circunstancias que se vivía.

El 26 de febrero de 1865, desde Arequipa, el coronel Mariano Ignacio Prado se subleva contra el gobierno del general de división Juan Antonio Pezet, encabezando un movimiento que buscaba restaurar el honor nacional mellado por el tratado firmado por el general de división Manuel Ignacio de Vivanco -antiguo dictador del Perú, militar aristócrata cuyo hijo moriría años después a manos de las tropas chilenas en la batalla de Miraflores- y por el almirante español Juan Manuel Pareja, comandante de la escuadra española que violentaba la paz sudamericana, y quien se suicidaría tras la captura de la goleta española *Covadonga* a manos de los marinos chilenos.

Pronto, desde el mar, el comandante del *General Lerzundi*, Montero, secundaría esta revolución encargándose de sublevar otras unidades de la escuadra peruana. Este hecho habría de originar una división al interior de Marina, lo que representaría el primer desacuerdo de trascendental importancia entre sectores del cuerpo de oficiales de la Armada. Es así como muchos oficiales antiguos, como el Comandante General de la Marina y Comandante General de la Escuadra, capitán de navío Juan José Panizo, quien sería asesinado durante esta crisis, y también jóvenes oficiales como Juan Guillermo More y Manuel Melitón Carvajal permanecerían fieles al orden legalmente establecido. Los rebeldes justificarían su intervención por representar para ellos la situación una cuestión de honor, que sentían estaba aun por encima de la ley, hecho que sería respaldado por la gran mayoría del país. Por su eficaz apoyo al gobierno restaurador, Prado nombró al comandante Montero, Comandante General de la Marina Restauradora, quien en poco más de un año había ascendido de teniente primero a capitán de navío, dejando de lado a dos antiguos y prestigiosos contralmirantes, Ignacio Mariategui y Francisco Forcelledo y al recientemente ascendido, contralmirante Antonio de la Haza, a demás de varios capitanes de navío de vasta antigüedad y trayectoria. Secundaron a Montero, distinguidos oficiales como Juan Fanning, Juan José Raygada, Luis German Astete, Toribio Raygada, entre otros. Un tercer grupo no participaría de este enfrentamiento, que fue breve, y del que saldría airoso el nuevo Comandante General, por encontrarse de comisión en Europa. Entre estos oficiales, destacan Miguel Grau, Aurelio García y García y Juan Pardo de Zela.

Hacia el segundo semestre de 1865, Montero deja el cargo de Comandante General al ser enviado por el gobierno en comisión a Estados Unidos para adquirir armamento que se destinaría a la Escuadra. De regreso al Perú, se le nombra Comandante General de la Escuadra, asumiendo el mando de la misma en el Callao, ad portas del combate que se llevaría a cabo entre las fuerzas navales y terrestres peruanas contra la escuadra española que ahora comanda el brigadier Casto Mén-

dez Núñez. Desde su buque insignia, el vapor *Tumbes*, durante la gloriosa jornada del 2 de Mayo de 1866, el capitán de navío Lizardo Montero dirigía la exitosa acción naval que contribuyó a la derrota del almirante español y que forzaría el zarpe definitivo de la escuadra ibérica hacia su país.

EL SENADOR MONTERO Y EL PARTIDO CIVIL

En el período que abarca desde la victoria contra España hasta la declaratoria de la guerra entre Perú y Chile, la actividad pública del almirante Montero se consolidaría. En cuanto a la Marina de Guerra, esos años servirían para que varios de sus líderes, participasen en la vida pública del país en forma meritoria, como Miguel Grau, Camilo Carrillo, Manuel Ferreyros y el propio Montero.

En relación al contralmirante, esta época tendría como características principales su integración al naciente Partido Civil, su participación en el Senado de la Republica, y sus rivalidades políticas con Nicolás de Pierola y con Mariano Ignacio Prado, ambos personajes controvertidos, de quienes se ha dicho tanto y a quienes se les ha formulado muchísimos cargos por su actuación política al frente de sus gobiernos en el Perú decimonónico. El primer encuentro entre Montero y el entonces presidente provisorio Mariano I. Prado sucedería tras el caso conocido en la historia republicana como "la cuestión Tucker". En efecto, Prado, vanagloriado por la victoria del 2 de Mayo, poco tiempo después planeó continuar la guerra contra la Corona española, por lo que se dispuso a enviar una expedición a Filipinas, con la finalidad de liberar estas islas del dominio español, hecho que finalmente se produciría recién a fines del siglo antepasado, gracias a la intervención de una fuerza naval norteamericana. Sumado al absurdo, puesto que no estábamos en condiciones de embarcarnos en una empresa de tal envergadura, cosa que solo podía imaginarse en una mentalidad como la de Prado y sus aduladores, el presidente provisorio contrató al capitán de navío retirado John Tucker, de la Marina de Guerra Norteamericana para que comandase la escuadra peruana. Desubicado frente a la realidad, Prado pretendió hacer lo mismo que San Martín, al reclutar a un marino extranjero para comandar nuestra Marina, sin tomar en cuenta que la institución ya tenía casi medio siglo de fundada y que contaba con una segunda generación de marinos, a la que pertenecían Grau, Montero, García y García, Astete, Jurado de los Reyes, los Arrieta, Carreño, y tántos otros jefes capaces y de solvente prestigio, que no iban a estar de acuerdo con subordinarse a un extranjero por muy capaz que éste fuese. Montero, quien por ese entonces ejercía la máxima autoridad operativa de la Armada y a la vez se desempeñaba como comandante del monitor *Huáscar*, y los principales jefes de la escuadra, como Grau, García y García, y Ferreyros renunciaron a sus mandos en

protesta a la arbitraria decisión presidencial; por lo que luego serían enjuiciados, detenidos en la isla San Lorenzo y finalmente absueltos por la justicia militar que les siguió proceso.

Sin duda este caso, que fue muy sonado y en el cual la prensa tendría gran participación, en la mayoría de las oportunidades en favor de los marinos detenidos, significaría el primer paso importante de Montero hacia el protagonismo político. Otro factor que vendría a sumarse a la crecida influencia que iría ganando el ex comandante del glorioso monitor *Huáscar*, lo constituiría su matrimonio con Rosa Elías de la Quintana, joven aristócrata, hija de Dn. Domingo Elías. Elías fue un acaudalado terrateniente, fundador de Colegio Guadalupe, promotor de la importación de mano de obra extranjera procedente de China; fue también un influyente hombre de estado que ejerció brevemente la presidencia de la Republica durante los turbulentos años posteriores a la muerte del mariscal Gamarra en la batalla de Ingavi, el 18 de noviembre de 1841. Este matrimonio le abriría a Montero las puertas de los círculos sociales más elevados del país, logrando en poco tiempo afianzar su posición en el mundo social y político a nivel nacional, gracias a su carisma y a su don de palabra, que tuvo especial resonancia entre la juventud limeña. Sin embargo, el factor más importante fue sin duda su incorporación al Partido Civil, como miembro fundador del mismo. En efecto, Lizardo Montero sería uno de los firmantes del acta de fundación de la Sociedad Independencia Electoral, en abril de 1871, partida de nacimiento del Partido Civil, movimiento político novedoso que reunía a burgueses, artesanos, comerciantes, marinos e incluso militares como los generales Luis La Puerta y José Miguel Medina. Entre los marinos firmantes figuran además de Montero, quien aparece como dirigente parroquial, los oficiales de marina, Manuel Aparicio, Lino de la Barrera, Juan Bautista Cobián, y José Sánchez Lagomarsino. Sería el capitán de navío Lizardo Montero quien propondría la candidatura de Manuel Pardo y Lavalle a la Presidencia de la República por el Partido Civil para las elecciones presidenciales de 1872, las cuales serían frustradas brevemente por el golpe de estado que encabezarían los coroneles Gutiérrez. La Marina jugaría un papel protagónico contra este movimiento, al hacer público,



Montero y su esposa Rosa Elías de la Quintana

entre otras medidas, un documento dirigido a la Nación en el cual se rechazaba el golpe de los hermanos Gutiérrez, y en el que se exigía la vuelta al orden constitucional. Montero debió de ser una pieza clave en la firma de este "Manifiesto a la Nación", hecho por la mayoría de jefes y oficiales de la Armada en actividad. Finalmente Manuel Pardo y Lavalle se convertiría en el primer presidente civil de la República elegido por voto popular.

Como se ha señalado, esta década, se iniciaría con la aparición de una nueva agrupación política que con buena intención buscaría encontrar una salida a la crisis institucional que desde siempre venia sufriendo el Perú. Desafortunadamente el civilismo, pese a sus ideas y lemas progresistas para la época, como el de "los civiles a la obra, los militares al cuartel", también prestaría sus servicios a intereses subalternos, y bajo su batuta el Perú se desarmaría, empleando como uno de sus principales aliados el desprestigio del poder militar ante la opinión publica, hecho que influiría para que se perdiese de vista el peligro internacional, que advirtiera estérilmente a Manuel Pardo, entre otros personajes, el Gran Almirante Miguel Grau.

Ascendido a la alta clase de contralmirante de la Armada nacional por haber comandado una división de fuerzas terrestres que derrotó una de las tantas intentonas golpistas de Nicolás de Pierola hacia 1874, Montero continuaría con su actividad política desde el Senado durante esa década. Tras el fracaso de su candidatura en las elecciones presidenciales de 1876, el senador Montero se convertiría en uno de los más tenaces opositores al gobierno del general Prado (1876-1879) llegando en abril de 1878 a conspirar contra aquel gobierno con el apoyo de algunos elementos civilistas. La Marina no prestaría su apoyo al contralmirante, ya que la Institución, comandada en ese entonces por el contralmirante Antonio de la Haza, se mantendría fiel a la Constitución. Fracasado el intento, Montero tuvo que refugiarse en la embajada chilena, dirigida entonces por don Joaquín Godoy, notable diplomático chileno casado con Mariana Prevost y Moreyra, joven perteneciente a una de las familias más aristocráticas de Lima; Godoy en verdad, sería uno de los espías mas eficientes que tuvo el país sureño en el Perú, por esos años. Posteriormente el contralmirante Montero, por mediación de Godoy se embarcaría hacia Valparaíso. Vuelto al Perú en agosto del mismo año, el senador Montero continuó con su labor en el parlamento, siempre en oposición al gobierno de Prado. Meses más tarde ante la inminencia de la guerra con Chile, Prado se las descobraría con Montero al no darle el mando de la escuadra, tal como le correspondía por antigüedad, ya que después, De La Haza, quien era Comandante General de la Marina, era el oficial más antiguo en actividad. En efecto, el propio capitán de navío Miguel Grau, leal amigo y compañero de Montero, sería de la misma opinión y la cual manifestara en una carta dirigida a Carlos Elías, gran amigo de nuestro máximo héroe y cuñado de Montero, en los

siguientes términos: "cuánto mal hacen a nuestro país las pequeñeces de partido. Si Prado, como debía, y como yo se lo indiqué tantas veces, le daba el mando de la escuadra a Montero, todo hubiese marchado mejor, porque así éste, como Almirante, hubiese ido en la "*Independencia*", que era buque aparente para Estado Mayor, y el 21 de mayo la "*Independencia*" se hubiese quedado combatiendo con la "*Esmeralda*" y a mi no se me hubiese escapado la "*Covadonga*".

COMANDANTE DE LAS BATERIAS DE ARICA EN VEZ DE COMANDANTE GENERAL DE LA ESCUADRA

Al estallar la Guerra del Pacifico, Prado como hemos indicado no nombraría comandante general de la Escuadra al contralmirante Lizardo Montero, sino que dividiría la escuadra nacional en tres divisiones navales , reteniendo el mando operacional y táctico de las unidades de superficie nacionales a su directa autoridad como director de la guerra; Montero sería, en cambio, nombrado comandante general de las baterías de Arica, cargo de equivalencia inferior a la jerarquía que ostentaba el notable marino, como segundo oficial más antiguo de la Armada, nombramiento que acataría disciplinadamente, haciendo honor a su gran patriotismo. En el Callao permanecería el Comandante General de la Marina, a cargo de limitadas actividades administrativas, sin la más mínima participación en las decisiones sobre la guerra en el mar, las cuales sería adoptadas por Prado con cierta intervención del capitán de navío Grau cuando éste no se hallase navegando, lo cual no ocurría con regularidad.

Tras la pérdida del dominio del mar con la captura del glorioso monitor *Huáscar*, Montero tendría su primera oportunidad de tomar decisiones importantes en la guerra. En efecto, luego de la destitución del Comandante en Jefe del Ejercito del Sur , general de división Juan Buendía y Noriega -debido a su responsabilidad ante la pérdida del departamento de Tarapacá, y a quien se levantaron varios cargos-, el contralmirante Lizardo Montero Flores sería designado en su reemplazo.

Imaginamos que aquellos meses que compartió Montero con Prado en Arica servirían para atenuar sus diferencias, lo que sin duda debió influir en el ánimo presidencial para este nombramiento, que iba muy bien con el espíritu ambicioso del contralmirante, decisión que suponemos también debió de estar motivada por el recelo que sentía Prado por los generales más capaces del país -como Fermín Del Castillo- a quienes no llamó a filas, dejándolos de lado para reclutar a los pocos que le eran adictos y que a corto plazo no resultarían ser los más idóneos, como es el caso de Juan Buendía y de Pedro Bustamante. El comando de Prado se caracterizaría, por la falta de un Estado Mayor eficiente, la falta de información de inteligencia, el mal planeamiento, la dirección de las fuerzas pro-

pias a cientos de kilómetros de distancia de donde éstas operaban, sin poseer líneas de comunicaciones adecuadas y seguras, sumándose a estos hechos las constantes diferencias entre los comandos subordinados y el comandante táctico, general Buendía, quien no tomaba decisiones que no fuesen otras que las dictadas por el Supremo Director, aun cuanto hubo de aconsejarle a éste, en más de una ocasión, cursos de acción apropiados para la situación táctica que se le planteaba, recomendaciones que fueron rechazadas en casi todas las ocasiones por el director de la guerra.

La actividad desplegada por Montero los meses previos a la derrota final del Ejército peruano en el sur del Perú fue encomiable. Hizo cuanto estuvo a su alcance para mejorar las condiciones de la defensa del territorio nacional sobre el que tenía control. Tras el incomprensible e injustificable viaje de Prado a Europa para comprar armamento, sobrevino el tan familiar vacío de poder que llevó al sillón de Pizarro a Nicolás de Piérola, para empeorar más las cosas. Piérola, enemigo declarado de Montero, le comunicó desde Lima al Jefe del Ejército de Operaciones, el giro que habían dado las cosas emplazándolo a manifestarse, a lo que Montero, en otro gesto patriótico que lo enaltece, aceptó el hecho, principalmente porque, pese a las insalvables diferencias que tenía con Piérola, a quien pudo acusar de usurpador y desconocer su autoridad, se estaba en guerra y él, como patriota sincero que era, no podía contribuir a ahondar más las divisiones entre peruanos, menos aun frente al enemigo. Piérola le pagó recortando su autoridad al quitarle el control político de las provincias en guerra, esto es las del Sur, y luego, dividiendo el Ejército Peruano de Operaciones en el Primer Ejército del Sur al mando de Montero y en el Segundo Ejercito del Sur a órdenes de un cuestionado militar, el coronel Segundo Leyva, fiel correligionario del dictador y de tan triste actuación. Meses más tarde, durante la batalla de Tacna, el 26 de mayo de 1880, la alianza peruano-boliviana sufriría su ultima y más dura derrota militar en conjunto. La alianza no se quebraría, pero en adelante la carga de la guerra sería asumida sólo por él Perú, merced al tratado firmado por el gobierno de Manuel Pardo, quien al suscribirlo jamás tomaría en consideración aquella máxima de Federico el Grande de Prusia: "la diplomacia sin armas es como la música sin instrumentos", y así, irresponsablemente, confió la defensa nacional a un tratado diplomático desde un principio desventajoso, hecho del que debió arrepentirse ya que existe la versión que años después trató de convencer a Prado, sin éxito, de la amenaza del sur, empero, sus esfuerzos por activar la alarma se verían frustrados por su misterioso asesinato un año antes de la guerra.

El pensamiento del monarca prusiano, sigue hoy en vigencia tanto como ayer. Sería saludable que para la paz regional, tenerlo en consideración continuamente.

Tomada Lima, en cuya defensa participaría el contralmirante Montero como

ayudante de campo del "generalísimo" Piérola, quien, más vanidoso y omnímodo que Prado, contemplaría impotente, su ineficaz plan de defensa y a sus aniquiladas tropas convertidas en cientos de cadáveres insepultos que hubieron de disputar a muerte la posesión de nuestra capital.

El 29 de diciembre de 1881, con una Lima invadida por el enemigo y sometida al yugo del capitán de navío Patricio Lynch y luego del apresamiento del sucesor de Piérola en el poder, el doctor Francisco García Calderón, por negarse a firmar una paz con cesión territorial, el contralmirante Montero que se desempeñaba como primer vicepresidente del Gobierno de la Magdalena fue designado encargado de la presidencia de la República, por un grupo de ciudadanos influyentes que representaban al desfalleciente estado peruano.

El gobierno de Montero se caracterizaría por ser una administración que emprendió prioritariamente las negociaciones en búsqueda de una paz lo menos onerosa posible para el derrotado Perú. Una vez más, el país confiaba su suerte a este honesto y distinguido ciudadano, que, pese a lo que se le pudiese reclamar, fue un patriota a toda prueba.

Durante los meses que siguieron a su asunción al poder y hasta el temido mes de la guerra, la actividad de Montero fue intensa. Se ha acusado al presidente Montero, sin pruebas e injustamente, de abandonar a Cáceres e incluso de frustrar el envio de armas al Brujo de los Andes, versión que ha sido refrendada incluso por el propio Héroe de la Breña en sus memorias. A este respecto, el historiador Daniel Parodi en su interesante libro "La laguna de los villanos" estudio novedoso sobre aspectos inéditos de los últimos años del conflicto y que ha sido recientemente publicado, demuestra que esto no se ajusta a la verdad y que a la luz de los documentos que existen en el Archivo de la Nación, Sección Correspondencia privada Lizardo Montero, quedan claros los esfuerzos que desplegara el presidente marino por apoyar a las legiones de Cáceres. Las diferencias entre uno y otro jefe, al parecer surgirían tras los nombramientos, que cada uno por su lado, dispondría, para el cargo de coman-



Contralmirante Lizardo Montero Flores, Primer Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo (1881-1883)

dante en jefe de las fuerzas del centro.

Montero, consciente de lo inevitable de la derrota, buscó, en concurso con Bolivia, la firma de un tratado de paz lo menos lesivo para los intereses de ambos países, y para eso, con apoyo del aliado, intento fortalecer su Ejercito y el de Cáceres, a fin de que el enemigo no encontrase tan debilitado el país al momento de entrar en las negociaciones definitivas, que, sin más, debían darse. A criterio de Montero, con fuerzas capaces, ya no de vencer pero por lo menos de hacer dudar al enemigo, las exigencias de éste serían mucho más moderadas a la hora de imponer sus prebendas como indiscutible vencedor.

Posteriormente a ésto y luego de que los acuerdos de paz, en los que intervendría los Estados Unidos de Norteamérica, fracasaran una y otra vez, el presidente de la República, que en esos años se desplazaría desde Cajamarca hasta Arequipa y La Paz, decidiría resistir en la ciudad del Misti, situación que no prosperaría por diversos factores, en los que algo de responsabilidad le cupo. Ante la caída de Arequipa, el presidente Montero se dirigió a Puno. Años después, estando en Buenos Aires, intentaría injustamente hacer responsable de la toma pacifica de la ciudad sureña, por parte de las tropas enemigas, a un comandante de batallón, que con solo doscientos hombres y sin orden de atacar debía de impedir el paso de todo un Ejercito, y que pese a sus reiterados pedidos de refuerzos, éstos le fueron negados por el general César Canevaro jefe del Ejército del gobierno de Montero.

LOS DIA FINALES DEL ALMIRANTE.

Alejado de la vida pública, viudo y sin descendencia, fallecería, el 5 de febrero de 1905, el distinguido contralmirante don Lizardo Montero Flores, único oficial de Marina que hubiere alcanzado la más alta magistratura de la República. El deceso ocurriría en su casa ubicada en la primera cuadra del Paseo Colón, numero 318. Atrás quedaban los días memorables de una vida singular e intensa, que se apagaba a los setentatidos años y que ya no habría de volver a repetirse. En sus funerales, realizados en el cementerio Presbítero Maestro, el pesar de la institución se hizo escuchar a través de la voz del capitán de navío Toribio Raygada, quien puso de manifiesto frente a la tumba del contralmirante Montero la magnitud que representaba su pérdida para el país y en especial para la Marina de Guerra.

De Lizardo Montero está pendiente una exhaustiva biografía, tal como lo hiciese notar el historiador naval Julio Elías Murgia, en páginas de su libro "Marinos peruanos en Arica", obra en la que tendría que profundizarse el estudio de los principales hechos de su vida, y las circunstancias que lo llevaran a convertirse en el marino más influyente del periodo comprendido entre la guerra con España y los años pre-

vios a la guerra del Pacífico. Montero, no nos cabe duda, contribuyó enormemente a consolidar el prestigio de la Armada dentro de la sociedad peruana de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XIX, periodo cuyas circunstancias políticas y militares lo hacen uno de los más trascendentales de la vida republicana. En este tiempo -en el que Montero estuvo tan activo- hizo sentir, junto con otros destacados líderes navales, la progresista y vigorosa presencia de la Marina de Guerra en el país, al participar en hechos tan notables como la aparición del Partido Civil, las reformas administrativas, el auge del salitre en desmedro del guano en las exportaciones, el fortalecimiento de la prensa, las luchas contra Piérola, o como la proliferación del mal entendido concepto de americanismo que nos llevó al desarme, en cuya complicidad se agruparían muchos ciudadanos, circunstancia que tendría como epílogo una historia triste, a veces confusa, en el que el Perú navegó al descalabro, periodo que ha contribuido a intensificar, no un mal, sino desafortunadamente, tántos, muchos de los cuales han resistido sobradamente, los cien años. El no olvidar esta dura lección y, más aun, al compararla con los sucesos que se han dado en los últimos tiempos en el país, encontraremos similitudes que nos permitirán hacer un análisis en el que podremos deducir algunas respuestas al por qué de las adversas circunstancias que caracterizan nuestra realidad nacional.

Lizardo Montero Flores pertenece a este periodo trágico de nuestro pasado; empero, a pesar de las dificultades de la época, él, junto con otros memorables lideres navales de su generación, proveyeron a la Marina de Guerra del Perú de una verdadera consolidación como institución fundamental del Estado, inspiradora de orgullo nacional, gestora de patriotismo, y completamente involucrada con su misión constitucional en consecuencia a su elevadísima responsabilidad ante el país y la sociedad.

En nuestros tiempos, a partir del 29 de julio de 1984, la Fuerza de Superficie de nuestra Marina de Guerra tiene entre sus filas, por primera vez, una unidad de combate con el nombre de este ilustre oficial almirante. La institución no escogió mejor denominación para la fragata misilera que iniciara la construcción de buques de combate de alta tecnología en los astilleros del Servicio Industrial de la Marina (SIMA –CALLAO), ya que Montero fue un formidable impulsor del progreso de la Armada y un incansable promotor de la modernización del Perú de su tiempo, tarea que emprendió con firmeza desde su puesto en el parlamento.

Actualmente el B.A.P. *Montero* es una de las unidades de combate más modernas, más entrenadas y más respetadas de la región, la cual está lista para actuar en defensa de los mismos elevados intereses que defendiera el ínclito guerrero de superficie de quien lleva el nombre.

Lizardo Montero Flores debe ser recordado como un notable marino de su patria, como un ciudadano honesto y un auténtico demócrata que vivió disímiles acontecimientos que lo conducirían al convencimiento de la necesidad del respeto al imperio de la ley, de quien se volvería un imbatible paladín, cuyo sereno liderazgo encie-

rra cuantiosa valía para cualquier época y circunstancia.

En recuerdo al vencedor del 2 de Mayo, a su nombre, a su trascendental y leal actuación en favor de su Marina de Guerra y de su país, dedicamos estas líneas que encierran, a su vez, febril admiración e inagotable respeto, por el pasado de nuestra Institución y por la memoria de sus mejores hombres.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, Pascual. *Guerra del Pacifico* Tomos I y II. Valparaíso, Imprenta de la La Librería El Mercurio, 1891.
- Durán, Rafael. *Contralmirante Lizardo Montero*. Dirección de Intereses Marítimos, Marina de Guerra del Perú.
- Elías, Julio J. *Marinos peruanos en Arica*. Instituto de Estudios Históricos-Marítimo del Perú, Lima 1980.
- Expedientes Personales. "Contralmirante Lizardo Montero Flores". Archivo Histórico de la Marina de Guerra del Perú.
- López Martínez, Héctor. *Historia Marítima del Perú*, Tomo X. Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú, Lima 1993.
- Martín, José Carlos. "Lizardo Montero". En: *Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú*. Editorial Milla Batres.
- Mc Evoy, Carmen. *Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial 1994.
- Palacios, Raúl. *Historia Marítima del Perú*, Tomo IX, volumen 1, Primera Parte. Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú, Lima 1993.
- Parodi, Daniel. *La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la Guerra del Pacífico (1879-1883)*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial 2001.